

Mario Flores Macal

Influencia extranjera en Costa Rica

La Editorial Costa Rica ha publicado, hace pocos días, una obra científica de gran valor histórico, cuya primera edición —la de 1926— estaba prácticamente agotada. Nos referimos al libro "Historia de la Influencia extranjera en el desenvolvimiento educacional y científico de Costa Rica", escrito por el herediano Luis Felipe González, Premio Magón, 1971. En 300 páginas, la Serie Biblioteca Patria, con prólogo del Dr. Constantino Láscaris, densa y amenamente, se nos aclaran aspectos fundamentales del progreso cultural de este país. Uno de esos aspectos es el de la transculturización, aquí experimentada una vez despegado el siglo XIX, gracias a dos hechos históricos. Esos hechos son, en primer lugar, la gran visión que tuvieron estadistas como el Dr. José María Castro, don Juan Rafael Mora, el Dr. José María Montealegre y don Jesús Jiménez, que propiciaron el contacto temprano con la cultura extranjera poniendo en práctica el principio de Alberti, con un pequeño agregado: "Gobernar es poblar... con la inmigración cultural extranjera". El otro hecho fue la relativamente temprana proximidad de Costa Rica a Europa, gracias a la vía férrea que vinculó la Meseta Central con el Océano Atlántico. En cuanto a lo primero, salta a la vista la misión de estadistas como el Presidente Jesús Jiménez, a quien el autor dedica la obra, y a cuyo cargo corrió el mérito de hacer efectivos los primeros Tratados de Amistad y de Comercio con el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, Francia y los Estados Unidos, así como el de expandir el ingreso de científicos, maestros, artistas (de Europa y de este hemisferio) que contribuyeron favorablemente al asentamiento cultural y al florecimiento de las Artes y las Letras. En cuanto a lo segundo, la apertura de la Meseta Central, por la vía férrea, hacia la abrupta costa atlántica, hizo el otro milagro de romper el aislamiento de la que había sido la más abandonada, atrasada y solitaria de las antiguas provincias que compusieron, durante tres siglos, la pomposamente llamada Capitanía del Antiguo Reino de Guatemala. Ya lo decía Salvador Mendieta, el injustamente olvidado fundador del Partido Unionista Nicaragüense y autor de ese otro formidable libro que se llamó "Enfermedad de Centroamérica": "El Océano

Atlántico, es el océano de la cultura porque vincula con Europa... dichos los pueblos que tempranamente han tenido acceso a él, pues no tardaron en recibir las bienandanzas civilizadoras del viejo continente..."

Vientos oxigenadores, de Ciencia y Cultura, penetraron a la que había sido una provincia "olvidada de los hombres y de Dios", según nos dice el Gobernador don Tomás de Acosta, allá en un informe enviado a España, en vísperas de la Independencia, refiriéndose a la entonces capital de Costa Rica... villorrio, sin médico ni barbero, con unas cuantas beatas plañideras..." Esos vientos nuevos hicieron el milagro de que San José, cuando ya fue capital y a fines del siglo pasado, surgió como la primera capital de Centroamérica, la primera que tuvo su flamante Teatro Nacional, la primera en recibir luz eléctrica, donde se conocieron las primeras bibliotecas públicas, donde apareció el periodismo a la par de la primera estación inalámbrica, la primera vía telegráfica, los primeros servicios cablegráficos y postales y la primera ciudadela del continente en ser refugio de hombres de pensamiento libre que huían de la persecución política o religiosa, tanto del Viejo como del Nuevo Mundo. La obra que comentamos escrita con profusión de fuentes directas (Archivos Nacionales, periódicos y revistas de Costa Rica y del extranjero), es una rigurosa investigación científica, no es una interpretación ni sostiene tesis alguna, es una obra expositiva, lineal y sistemática, ya que sigue orden cronológico y por materia (en este caso la referencia del orden impuesto por los países nativos de los inmigrantes llegados a Costa Rica). El autor expone objetivamente, con informes exhaustivos, la presencia y lo que hicieron historiadores, educadores, poetas, zóoólogos, botánicos, ofidiólogos, herpetólogos, ornitólogos, arqueólogos, etc., de todas partes del mundo. Algo que salta a la vista es que no obstante encontrarse Costa Rica en la órbita de influencia de Estados Unidos no recibió, culturalmente hablando, la principal influencia de ese país, sino de Francia, Inglaterra y en este hemisferio, las principales inmigraciones culturales fueron de Argentina, Chile y Cuba que envió, entre otros, a José Martí. No es la obra comentada de las que se publican

todos los días, es más bien una obra de consulta, fuente para investigaciones futuras, ya que aquí está, en cierta forma, la razón de ser, el origen de esa lámpara votiva, de esa ánfora azul, que es una tamizada a través del tiempo y del espacio por el fenómeno de la transculturización. Por eso no creemos que en Costa Rica puedan prosperar las campañas de chauvinismos a ultranza ni mucho menos la atrabiliaria xenofobia, pues ello contrastaría con el legado de los estadistas que entendieron bien la necesidad de incorporar a Costa Rica al destino de la cultura universal. En fin un libro que marca una época en la cultura continental.